

LA NUEVA DERECHA DE LA INDIA

La entrada de la India en el nuevo milenio ha venido marcada por una serie de rupturas dramáticas con su ordenamiento de después de la independencia. La más aislada de las grandes economías del mundo capitalista en vías de desarrollo, con el bloque burgués más autónomo, ha adoptado una forma neoliberal de integración en el mercado mundial. Una fuerza de derechas, autoritaria y nacionalista hindú, el Partido *Bharatiya Janata* [Partido del Pueblo Indio (BJP)], ha tomado el poder, sustituyendo al Partido del Congreso Nacional Indio¹ como centro del sistema político. La India ha hecho explotar una bomba atómica. De los cuatro principios nehruvianos que habían guiado oficialmente el proyecto de modernización de la India desde 1947 –socialismo, secularismo, democracia y no alineamiento–, el primero y el último se han abandonado; el segundo se ha redefinido para dar cabida al nacionalismo hindú, mientras que el tercero, cuya conservación constituía *la* gran historia de un éxito dentro de una trayectoria de otro modo llena de manchas, está amenazado como nunca antes lo había estado.

La conjunción de un marcado giro neoliberal en el ámbito económico con un drástico vuelco confesional y chovinista en el ámbito político es lo que distingue el desarrollo indio dentro del panorama general de la década de 1990. No es el unguento de la tercera vía el que en este caso está suavizando el tránsito hacia un capitalismo cada vez más desregulado, sino el líquido embriagante de un comunismo incendiario. El gobierno que ahora acelera la privatización de los activos públicos, la reducción de las barreras a la importación y la facilitación de la inversión extranjera ha llegado al poder en medio de sucesos que poco tienen que ver con discretas entrevistas con el FMI en salas decoradas por medio de paneles. El BJP de hoy en día debe su poder en Delhi a dos episodios determinantes del alejamiento de la India del consenso nehruviano. En otoño de 1990, su por entonces líder L. K. Advani inició una *rath yatra*, o «expedi-

¹ El Partido del Congreso Nacional Indio, fundado en 1885 y actor esencial en el movimiento nacional que condujo a la independencia de la India del dominio británico. [N. de la T.]

ción en carro», por todo el país para atizar la indignación hindú contra un presunto crimen de Babar, el primer emperador mogol, acusado de destruir un templo que indicaba el mítico lugar de nacimiento del dios-rey Ram, en la pequeña localidad de Ayodhya, Uttar Pradesh, para erigir una mezquita en su lugar. El carro de Advani, supuestamente inspirado en las carretas tiradas por caballos de la *Mahabharata* –en realidad, una furgoneta Toyota adornada–, desfiló por cerca de dos docenas de grandes ciudades y cientos de pequeñas urbes y pueblos a lo largo de un mes, dejando tras de sí una estela de violencia contra los musulmanes. Advani fue finalmente detenido en Bihar, pero, poco después, una muchedumbre enloquecida trepó los muros del recinto que rodeaba la mezquita Babri y colocó banderas azafrán² en una de sus bóvedas del siglo xvi.

No se procesó a nadie por este acto delictivo y el voto del BJP aumentó sustancialmente a resultas de aquello. Dos años después, ante la presencia de la policía y de los paramilitares, una gigantesca multitud asaltó el recinto y durante las siguientes cinco horas, a plena vista de las cámaras de televisión, acometió el derribo de la mezquita. Las imágenes dieron rápidamente la vuelta al mundo: picos, pañuelos azafrán, gritos, escombros y polvo. Esa noche y durante los días siguientes, *pogroms* feroces se llevaron por delante más de cuatrocientas vidas del norte al oeste de la India, siendo en Bombay donde se dieron algunas de las peores carnicerías. Llegada la traumática resaca, Advani tuvo que dimitir, pero la mezquita había desaparecido: lo que otrora resultaba impensable se había convertido en un hecho histórico. Empezó a admitirse entonces de forma generalizada que el «sentimiento hindú» expresaba la voluntad de la mayoría y que había que tenerlo en consideración –algo que el Partido del Congreso competía por hacer–. Cuatro años después, el BJP se convirtió en el partido más importante del *Lok Sabha*³. Hacia principios de 1998, estaba en el poder.

Tales serían los extraordinarios antecedentes políticos del giro neoliberal de la década de 1990. Para entonces, el cambio de rumbo económico estaba ya en preparación. Desde la década de 1950 hasta la de 1970, la India había seguido su propia y peculiar versión del modelo de industrialización mediante la estrategia de sustitución de importaciones, más orientada hacia el interior y regulada por el Estado que en ninguna otra parte. El carácter de clase del Estado era igualmente *sui generis*: una coalición dominante que incluía a todos los sectores del capital industrial, a

² El azafrán es el color por excelencia del hinduismo: de hecho, al BJP se lo conoce también como Partido Azafrán. [N. de la T.]

³ Asamblea del Pueblo o Cámara baja del *Sansad* [Parlamento bicameral federal indio], compuesta por 544 miembros, de los cuales 543 se eligen por voto popular y 2 los nombra el Presidente, todo ello cada cinco años. El otro órgano del *Sansad* es el *Rajya Sabha* o Consejo de Estados, que consta de 250 miembros, de los cuales el Presidente puede nombrar hasta 12, mientras que al resto los escogen miembros electos de los distintos Estados y de las Asambleas territoriales, todo ello cada seis años. [N. de la T.]

los terratenientes potentados y a los altos cargos de la burocracia, en la que los funcionarios públicos actuaban de coordinadores generales⁴. En la década de 1980, una burguesía que iba madurando, más segura de sí en el manejo de la competencia exterior, y una «clase media» —en realidad, una elite de proporciones de masa— que empezaba a prosperar y que anhelaba niveles de consumo más elevados, presionaban en pro de una integración cauta en los mercados globales. Después de que Rajiv Gandhi llegara al poder en 1984, se produjo una ruptura decisiva con el modelo de sustitución de las importaciones, que preparó el terreno para —pero sin duda no dictó— la trayectoria de la década de 1990. Entre el antidirigismo de la década de 1980 y el neoliberalismo de la década de 1990, había un espacio suficientemente amplio como para permitir diversas opciones capitalistas. Un camino posible era el del modelo de industrialización del Este asiático, que podría haberse beneficiado de por lo menos tres lecciones de la experiencia india: la necesidad de movilizar mano de obra excedente infrutilizada a través de la reforma agraria y de trabajos de infraestructura en el campo; la importancia de una tasa de ahorro nacional elevada; y el papel estratégico que podía desempeñar la dirección estatal del crédito y de la inversión. La ruta neoliberal no venía predeterminada. ¿Qué es lo que la justifica como dirección económica y de qué modo está relacionada con las convulsiones políticas del período?

Las reformas de 1991

La estrategia de industrialización de la década de 1980, dirigida por una elite, atenuó las limitaciones al crecimiento del monopolio y a la diversificación, redujo los controles de divisas y del comercio exterior y debilitó pero no desmanteló el sector público. Su objetivo era hacer del sector privado de las grandes compañías —que incluso hoy apenas asciende al 10 por 100 del PIB— la avanzadilla de la economía india. Del lado de la demanda, las aspiraciones de la clase media —que en realidad incluía del 10 al 15 por 100 mejor situado de la población— se estimularon por medio de importantes reducciones de impuestos y de una considerable liberalización de la importación que, según se creía, fomentaría lo suficientemente las exportaciones como para salvar cualquier dificultad en la balanza de pagos. El resultado fue un *boom* del consumo encabezado por el sector de bienes duraderos, cuya expansión se disparó del 8 al 22 por 100 anual durante toda la década. Las tasas de crecimiento globales ascendieron al 5,6 por 100, muy por encima de la vieja «tasa hindu de crecimiento» del 3,5 anual de décadas precedentes. Pero no hubo progresos en el ritmo de reducción de la pobreza, mientras que las desigualdades sociales y regionales se ampliaban. No obstante, lo que arruinó el mode-

⁴ Véase Achin VANAIK, *Painful Transition: Bourgeois Democracy in India*, Londres, 1990, pp. 18-26.

lo fue el funcionamiento inadecuado de las exportaciones, que condujo a un creciente déficit por cuenta corriente, y la prodigalidad presupuestaria de la Administración central⁵. A medida que la recaudación fiscal se reducía, el agujero en las rentas públicas se iba cubriendo gracias a un endeudamiento cada vez más laxo y elevado, lo cual supuso una mayor dependencia hacia empréstitos comerciales a corto plazo y hacia volátiles depósitos bancarios indios no residentes. La deuda externa casi se triplicó durante la década, pasando de 23.800 millones a 62.300 millones de dólares, de los cuales hubo que ampliar inmediatamente el plazo de pago de 6.000 millones, mientras que la carga del servicio de la deuda aumentó del 15 al 30 por 100 de los beneficios de la exportación y el pago de intereses por parte del gobierno ascendió del 10 al 19 por 100 del gasto total.

Todo ello se tradujo inevitablemente en una evasión masiva de capitales, en previsión de la devaluación de la rupia. Entre abril y junio de 1991, se produjo una fuga neta de mil millones de dólares, hasta el punto de que las reservas de divisas apenas podían cubrir las importaciones de dos semanas. Al borde de un impago que hubiera desbaratado gravemente la economía, Nueva Delhi solicitó un préstamo sujeto a condiciones del FMI-Banco Mundial. Dadas sus dimensiones y su nivel de desarrollo, la India podría haber negociado condiciones bastante razonables. En cambio, so capa de un Programa de Estabilización y Ajuste Estructural supuestamente ineludible, el gobierno del Partido del Congreso de Narasimha Rao introdujo un conjunto drástico e inesperado de transformaciones en el comercio, la industria, los regímenes tecnológicos y de inversión extranjera y los sectores público y financiero: una «solución» a largo plazo para una crisis de la balanza de pagos de corto plazo.

Configuraciones de clase

Medidas por el rasero del pasado indio, las reformas neoliberales en curso desde 1991 han sido verdaderamente dramáticas, aunque su alcance haya resultado parcial y desigual en comparación con la experiencia registrada en otros lugares y su ejecución relativamente lenta. Existen diferencias de ritmo y secuenciación y son muchos los que coinciden en que los controles de capital (que protegieron a la India de las repercusiones de la crisis del Este asiático) tendrán que ir eliminándose por fases y con cautela. Pero, en el ruedo político e intelectual, la hegemonía ideológica del neoliberalismo es actualmente arrolladora. ¿De dónde proviene? Está bastante claro

⁵ El gasto de la Administración central aumentó de 22.000 *crores* de rupias (1 *crore* = 10 millones) en 1980-1981 a 82.000 *crores* de rupias en 1989-1990, y el pequeño superávit en la cuenta de ingresos presupuestarios se convirtió, en 1986-1987, en un déficit enorme del 9 por 100 del PIB. (*Crore*: numeral empleado en el inglés de la India, Pakistán y Bangladesh para designar un conjunto de 10 millones de unidades, derivado del hindi [*k(a)rōr*] y, en último término, del sánscrito [*koṭi*]. [N. de la T.]

que la «nueva política económica» tiene su origen en la cúspide de la burocracia estatal y no en las burguesías industriales o agrarias. En la década de 1980, los escalafones superiores del funcionariado de los Ministerios de Finanzas, Comercio e Industria se vieron cada vez más arrastrados hacia la órbita mental de sus homólogos en Occidente⁶. Los contactos más estrechos entre altos burócratas indios y sus equivalentes en el FMI y en el Banco Mundial, que incluían muchos traslados temporales a Washington, crearon una predisposición hacia doctrinas del libre mercado más puras que se vio muy reforzada con el hundimiento de la Unión Soviética. La estampida general por parte de los propios gobiernos de Europa del Este y de Rusia hacia la adopción de remedios neoliberales parecía la confirmación a los ojos de muchos de que no existía alternativa; a lo sumo, quizá, un riesgo de llegar el último. Eminentes economistas indios no residentes que trabajaban en universidades británicas y estadounidenses añadían su autoridad al consenso creciente. Aunque Delhi, de puertas para fuera, haya colmado de halagos las concepciones asistencialistas de Amartya Sen, el primer intelectual de origen indio galardonado con el Premio Nobel de Economía, el contenido y el espíritu de las reformas han estado mucho más en sintonía con la perspectiva de otro economista indio no residente aspirante al Nobel, Jagdish Bhagwati, de la Universidad de Columbia, de toda la vida un crítico de Sen.

En un principio, determinados sectores empresariales indios, organizados en el «Club Bombay», exigieron que se mantuvieran medidas de protección frente al capital extranjero, cuyas «ventajas» no aseguraban un «campo de juego nivelado». Pero este tipo de protestas han acabado en agua de borrajas, ahora que el capital nacional se dispone a conformarse con su porción de un mercado de dimensiones continentales cuyo crecimiento más acelerado y cuyo sector público más reducido debería, o así lo cree, proporcionarle nuevos nichos; mientras que las empresas regionales encuentran la «nueva política económica» más conveniente que los antiguos reglamentos centralizados que favorecían a las compañías «nacionales». En estos momentos, todos los sectores de la industria india buscan colaboración con capital exterior como otra vía hacia el propio fortalecimiento, tanto en territorio nacional como en el extranjero. No se trata tanto del nacimiento de una clase compradora, sino más bien del surgimiento de una «burguesía interna» diversiforme que busca beneficiarse de un abanico más flexible de relaciones con el capital extranjero que en el pasado, cuando la total dependencia se consideraba la única opción o la opción principal⁷.

⁶ Manmohan Singh, el ministro de Finanzas que introdujo el paquete de reformas de 1991, considerado generalmente como su «arquitecto», era un antiguo crítico (ex director de la Comisión Sur) convertido en creyente. Más importante, con un compromiso neoliberal más temprano y una relación más fuerte con Washington, fue la figura, mantenida entre bastidores, de Montek Singh Ahluwalia.

⁷ La expresión «burguesía interna» fue acuñada por Nicos Poulantzas (véase *Classes in Contemporary Capitalism*, Londres, 1975 [ed. cast.: *Clases contemporáneas en el capitalismo*

No obstante, dos desarrollos en el seno de la coalición dominante merecerán ser observados de cerca a medida que el proyecto neoliberal se vaya desplegando. La burguesía agraria todavía no se ha visto muy afectada por unas reformas que hasta el momento se han circunscrito al sector urbano, aunque la liberalización comercial haya tenido cierto impacto sobre sus costes. El peso económico de la burguesía agraria debe continuar disminuyendo en relación con su equivalente industrial, pero, en la India, su peso político –en virtud de sus reservas electorales– siempre ha sido mayor que el de aquél. La lógica del neoliberalismo compele a poner fin al trato preferencial de este sector, pero el favoritismo tradicional del Estado hacia él continúa –con subsidios de precios para la producción agrícola, garantizando precios más elevados que los que impondría el mercado; con impresionantes subsidios para insumos cruciales como la energía eléctrica, el agua o los fertilizantes; con créditos a bajo interés o incluso sin intereses, por no hablar de cancelaciones periódicas de deuda–. ¿Será esta burguesía agraria capaz de amortiguar el ataque de la OMC? ¿Qué tipo de reacción a las presiones neoliberales es probable que se dé entre sus filas, donde coexisten pequeños agricultores, grandes terratenientes y *kulaks* ricos? Sólo el futuro puede decirlo. Entretanto, la entrada constante de capital extranjero –especialmente de las finanzas internacionales– creará, una vez pasado cierto punto crítico de acumulación, una nueva situación en la que importantes sectores de la burguesía industrial y comercial pasarán a formar parte de un bloque más móvil de capital transnacional, sin duda capaz de desempeñar un papel hegemónico en la coalición dominante, pero que generará sus propias tensiones y contradicciones tanto con los intereses regionales como con los *lobbies* agrarios y con los funcionarios estatales.

Balance de la década de 1990

¿Cuál ha sido el balance del giro neoliberal hasta la fecha? La «nueva política económica» ha eliminado las licencias industriales (todavía existen algunas excepciones), ha suprimido las restricciones a la acumulación monopolista y ha eximido la creación o ampliación de capacidad, las fusiones y la adquisición de compañías de la necesidad de aprobación gubernamental. Las restricciones formales al despido laboral en el sector sindicado siguen vigentes, pero, en la práctica, los despidos brutales son en su mayoría ignorados. Los subsidios a la exportación se han suprimido y, desde 1993, se ha puesto en vigor un tipo de cambio unificado basado en las indicaciones del mercado. Las barreras cuantitativas a la importación se eliminaron el 1.º de abril del 2001. La participación extran-

actual, Madrid, Siglo XXI, 1977)] para captar nuevas características de la implantación imperialista en el Tercer Mundo, poco después del colapso del sistema de Bretton Woods. Puede que sea aún más pertinente conceptualmente en las condiciones de globalización neoliberal de hoy en día.

jera mayoritaria está ahora permitida en la mayor parte de las industrias indias y se fomenta la inversión extranjera directa. La inversión de cartera todavía se limita a las instituciones extranjeras y se mantienen ciertas restricciones sobre los instrumentos de deuda y de capital patrimonial. En el sector público, el tema dominante es la desinversión –la venta por parte del Estado no sólo de las empresas deficitarias, sino también de empresas bien valoradas: se prevé que la participación del gobierno caiga primero al 49 y luego al 26 por 100 en aquellas empresas en las que se mantiene, conservando a lo sumo una participación minoritaria–. Sólo unos pocos sectores estratégicos y vinculados a funciones de defensa quedarán exentos de la liquidación de activos públicos proyectada también para reducir el déficit fiscal. El sistema bancario nacionalizado ha escapado hasta el momento a esta lógica, pero ahora tiene que funcionar de acuerdo con criterios estrictamente comerciales, en menoscabo del antiguo interés por proporcionar acceso a crédito a regiones, sectores y clases prioritarias. Los seguros se están abriendo de un modo más directo a las fuerzas del mercado.

¿Cuál ha sido el resultado hasta el momento? El carácter ideológico del programa neoliberal encuentra clara expresión en los dos macroindicadores que toma como canónicos –la tasa de crecimiento global del PIB y de reducción del déficit presupuestario–. Se presupone que un crecimiento elevado y constante, independientemente de cómo se alcance, resulta suficiente para eliminar la pobreza. Poner en el punto de mira el déficit presupuestario en lugar del déficit de ingresos tributarios permite recortar el gasto de capital y el gasto social –pero no militar– «improductivo», mientras se venden los activos públicos y disminuye la recaudación fiscal. El objetivo primordial es reducir el papel económico del Estado con la convicción, repetidamente desmentida por la experiencia india, de que la inversión pública «excluye» la inversión privada. La inversión de la Administración central descendió del 6,8 por 100 del PIB en la segunda mitad de la década de 1980 al 4,6 por 100 en la primera mitad de la de 1990 y ha seguido menguando, junto con el gasto social.

Sin embargo, la tasa media de crecimiento (5,7 por 100) de la década de 1990 no muestra ningún incremento estadísticamente significativo con respecto a la de 1980. Todavía más preocupante es el hecho de que, desde 1997, los sectores agrícola y manufacturero –que emplean entre los dos al 80 por 100 de la mano de obra india– han crecido sólo al 2,7 y al 4,7 por 100 respectivamente, en comparación con el 11,4 por 100 de los servicios financieros y el 14,1 por 100 de las comunicaciones. A medida que la economía se va abriendo más, parece en bastantes peores condiciones de responder a los desafíos de la competencia global. En 1999-2000, las importaciones provenientes de China ascendieron un 21 por 100 y, en el primer trimestre de 2000-2001, un 43 por 100. El miedo a verse inundados por mercancías chinas baratas en toda una gama de artículos básicos de consumo, desde los textiles hasta los juguetes, es ahora real. La India continúa dependiendo de su tradicional paquete de exportacio-

nes –productos agrícolas y marinos, minerales, piedras preciosas trabajadas y productos intensivos en mano de obra– para sus ingresos de divisas. La única excepción importante es la industria del *software*, cuyos productos y servicios crecieron a razón de no menos del 60 por 100 al año entre 1992 y 1999 y representan, en la actualidad, aproximadamente el 8 por 100 de la exportación de mercancías. En conjunto, las importaciones y las exportaciones han duplicado su porcentaje respecto al PIB desde la década de 1980, situándose en estos momentos en un 12 y en un 10 por 100 respectivamente, lo cual hace la economía mucho más vulnerable a las convulsiones externas. A raíz de la crisis del Este asiático, la rupia se deslizó de un tipo de cambio de 35 con respecto al dólar al actual de 46,50, agravando la carga del servicio de la deuda externa. Si la economía estadounidense cae en barrena, arrastrando consigo a la economía mundial, el impacto en la India será mucho más serio.

La inversión extranjera directa, entretanto, ascendió del 7 al 33 por 100 de la formación total de capital en el transcurso de la década de 1990, mientras que las entradas en cartera se triplicaron con creces, alcanzando los cerca de 5.000 millones de dólares. En comparación con otros receptores asiáticos, se trata de sumas insignificantes. El total de la inversión extranjera directa en la década de 1990 era de 15.000 millones de dólares para la India, mientras que China recibió, sólo en 1994, unos 34.000 millones de dólares y, entre 1994 y 1999, 238.000 millones de dólares. En el mismo período, Malasia obtuvo 30.000 millones de dólares y Tailandia y Corea del Sur, 23.000 millones de dólares. Por lo que se refiere al déficit presupuestario, las medidas de estabilización impuestas en 1991-1992 lo redujeron, en 1992-1993, del 8,4 al 6 por 100 del PIB. Pero éste, lejos de continuar disminuyendo de manera uniforme desde entonces, ha fluctuado obstinadamente entre un mínimo del 4 y un máximo del 7 por 100, mientras que el más importante déficit de ingresos presupuestarios se ha mantenido suspendido entre el 2,4 y el 3,7 por 100. En realidad, en el transcurso de la década, el déficit fiscal consolidado de la Administración central y de las Administraciones estatales ascendió en conjunto del 9,5 al 11,5 por 100, dada la caída de la recaudación fiscal en torno al 10,5 por 100 del PIB.

¿Cuáles han sido las consecuencias de este modelo de desarrollo para los niveles básicos de pobreza? La década de 1970, con una tasa de crecimiento global más baja, del 3,5 por 100, experimentó un ritmo de reducción de la pobreza más rápido que el del modelo de mayor crecimiento de las décadas de 1980 y 1990. Según el patrón de medida empleado de forma más generalizada, el porcentaje de aquellos que viven por debajo del umbral de pobreza cayó de cerca del 55 por 100 en 1973-1974 al 44 por 100 en 1983 y al 36 por 100 en 1993-1994. Desde entonces, las cosas parecen, a lo sumo, haberse estancado, pero, en términos absolutos, han empeorado. En la India, donde la diferencia entre la muerte por inanición y la malnutrición reside en el trabajo, las tasas de desempleo nunca han sido elevadas. Sin embargo, entre 1993-1994 y 1999-2000, la tasa de ocu-

pación de la población activa descendió del 444 al 417 por 1.000 en el campo y del 347 al 337 por 1.000 en las ciudades. Estos porcentajes son los más bajos desde finales de la década de 1970, fecha en la que se recogieron por primera vez este tipo de datos.

Entretanto, las desigualdades de renta entre Estados, entre clases y de un lado a otro de la falla entre el mundo rural y el mundo urbano han crecido. A lo largo de la década de 1970, la renta rural *per capita* aumentó su porcentaje con respecto a la renta urbana, pero, desde entonces, ha visto cómo se reducía. En 1996, cerca de un millón de familias –el 80 por 100 de ellas urbanas– disfrutaba de niveles de consumo equiparables a los de la clase media europea o norteamericana. Esta categoría de «muy ricos» ha ascendido desde entonces rápidamente, y así nos encontramos con que el número de indios capaces de viajar al extranjero se ha cuadruplicado en los últimos años. Ellos, junto con otros 30-35 millones de familias –unos 175-200 millones de personas–, constituyen la clase que está impulsando el actual modelo de desarrollo dirigido por la élite. En el sector empresarial privado, entre 1985-1986 y 1996-1997, la participación de los salarios en el valor añadido cayó del 35 al 20 por 100, mientras que la cuota de beneficios (antes de impuestos, pero después de amortizaciones e intereses) subió 15 puntos porcentuales⁸. En lo que respecta a las disparidades regionales, de los quince Estados que conjuntamente representan más del 95 por 100 de la población, se ha favorecido a un avanzado grupo de ocho –Andhra Pradesh, Gujarat, Haryana, Karnataka, Kerala, Maharashtra, Punjab y Tamil Nadu–, que alberga al 42 por 100 de la población del país, con dos tercios de todos los proyectos de inversión, nacionales y extranjeros; mientras que un atrasado grupo de siete –Assam, Bihar, Uttar Pradesh, Madhya Pradesh, Orissa, Rajasthan, Bengala occidental–, que contiene al 54 por 100 de la población, ha recibido poco más de un cuarto de los proyectos de inversión. La renta *per capita* de los tres Estados más pobres (Bihar, Orissa, Assam) constituía, al inicio de la década de 1980, el 43 por 100 de la renta *per capita* de los tres Estados más ricos (Maharashtra, Punjab, Haryana); a mediados de la década de 1990, había descendido al 27 por 100. Los dos Estados más poblados –Uttar Pradesh y Bihar, con más del 25 por 100 de los habitantes del país– se han ido quedando más y más atrasados, mientras que los dos Estados con un desarrollo más rápido –Maharashtra y Gujarat– han ido progresando cada vez más.

El neoliberalismo ha favorecido a las poblaciones urbanas más que a las rurales, a los Estados más ricos más que a los más pobres, a los terratenientes y a los profesionales más que a los asalariados y a los pobres. Si la resistencia contra él no ha sido fuerte, es porque su impacto sobre los distintos componentes de la burguesía industrial ha sido difuso y porque

⁸ R. NAGARAJ, «Indian Economy since 1980: Virtuous Growth or Polarisation?», *Economic and Political Weekly* (5 de agosto de 2000), pp. 2831-2839.

todavía no ha afectado en demasía a la burguesía agraria. La «clase media» lo ha apoyado con fuerza. Y, fundamentalmente, no existe ninguna alternativa ideológica que tenga la misma coherencia, ni ningún bloque organizado de fuerzas sociopolíticas que se alineen contra él.

El ascenso del Sangh

El Partido del Congreso introdujo la «nueva política económica». El gobierno del Frente Unido (1996-1998), una coalición de partidos regionales respaldada por la izquierda oficial del Partido Comunista de la India (CPI) y del Partido Comunista de la India-Marxista (CPM), la llevó adelante. Desde 1998, el BJP ha asumido el proyecto. Históricamente, ¿cuál ha sido la relación entre su forma de nacionalismo religioso y el neoliberalismo? Sería un error considerar el ascenso del BJP como el mero resultado del aumento de las tensiones económicas. Una dinámica política más independiente, que incluye el fracaso de las alternativas seculares y centristas –sobre todo, del Partido del Congreso–, ha contribuido a despejar el camino para el avance confesional. La erosión de éste estaba ya muy avanzada hacia mediados de la década de 1970 –y, de hecho, el estado de excepción de 1975-1977 no fue sino un desastroso intento de la señora Gandhi de detenerla con un golpe de mano autoritario–. Con el tiempo, el lazo histórico del Partido del Congreso con la elite terrateniente se había ido debilitando, a medida que las expectativas crecientes sobrepasaban su capacidad para distribuir patrocinio y recursos; las castas avanzadas y las «principales minorías» (*dalits* –los «oprimidos», designación que vino a sustituir el término de «los intocables»⁹–, tribales, musulmanes) empezaron a abandonarlo; las elites rurales de castas atrasadas fraguaron sus propias organizaciones regionales; la juventud no estaba entusiasmada. El partido iba degenerando de un movimiento otrora popular y de masas en un aparato cada vez más venal.

Electoralmente, este declive no se reflejó al principio en minorías parlamentarias, sino en arrolladoras mayorías alternas que indicaban, y encubrían, una inestabilidad subyacente. Los votantes habían empezado a recelar de las declaraciones programáticas más amplias de los partidos: las elecciones generales se libraban como referéndums sobre temas úni-

⁹ Los *dalits* son miembros de la casta de los *barijans*, palabra que proviene del sánscrito y que significa «persona dedicada a *Vishnu*», uno de los principales dioses del hinduismo. Los *barijans* constituyen un grupo hereditario hindú con cuyo contacto se creía que los miembros de las castas superiores quedaban mancillados: de ahí su antiguo nombre, «los intocables» o parias. El uso de esta antigua designación para el grupo, así como las restricciones sociales que la acompañaban, se declaró ilegal con la Constitución india de 1949 y con la Constitución pakistaní de 1953, y fue Mahatma Gandhi quien introdujo y popularizó el término *barijan* para sustituir al de «intocables». Pese a ello, los miembros del grupo todavía sufren discriminaciones y es por esto que algunos de ellos prefieren referirse a sí mismos como *dalits* («los oprimidos»). [N. de la T.]

cos. En 1977, fue el lema *Emergency batao*, «acabemos con el estado de excepción», el que permitió al Partido *Janata*, bajo la dirección de Morarji Desai, acceder al poder a partir de un voto antiÍndira. En 1980, la consigna *Stability lao – Janata batao*, «recuperemos la estabilidad – echemos a Janata», devolvió el poder al Partido del Congreso. En 1984, después del asesinato de la señora Gandhi, el lema *Desh bachao* —«salvemos el país»— colocó a Rajiv en el poder. En 1989, a raíz del escándalo de las armas *bofors*¹⁰, la máxima *Corruption batao*, «acabemos con la corrupción», expulsó al Partido del Congreso e instauró un gobierno del Frente Nacional bajo la dirección de V. P. Singh, con el apoyo del BJP. La caída en desgracia del Partido del Congreso se fue precipitando a lo largo de la década de 1990, a medida que los gobiernos minoritarios se ponían a la orden del día. Los escaños del Partido del Congreso en el *Lok Sabha* se redujeron de 224 en 1991 a 136 en 1996, ascendieron levemente a 141 en 1998 y cayeron directamente a 113 en 1999. El destino del BJP ha estado siempre entrelazado con el del Partido del Congreso. El vaciamiento de lo que en otro tiempo fue una gran fuerza que había conducido a la India a la independencia constituía claramente una condición inmediata y crítica del ascenso de la *Hinduwa*, es decir, de la «política de la *hinduidad*». Pero esto no resuelve la pregunta más de fondo: ¿por qué el descrédito del partido de centro históricamente dominante permitió que una fuerza tan polarizadora como el BJP —en lugar del Partido *Janata* o alguna otra alternativa moderada— se convirtiera en el punto de referencia central de la política india hoy en día?

El extremismo hindú no es nuevo. Las corrientes azafrán han existido tanto en el seno del movimiento nacionalista como fuera de él, por lo menos desde la década de 1920. Lo que ha cambiado durante la última década es la súbita receptividad de masas hacia este tipo de ideas. Evidentemente, se trata de algo que forma parte de un fenómeno global. En el período de posguerra, los costes sociales y psicológicos del inexorable revolucionamiento de la vida cotidiana efectuado por la modernidad se hacían soportables gracias a las esperanzas colectivas de mejora: una creencia compartida de que el cambio sería a mejor, de que nos aguardaban tiempos más felices. Con el eclipse general de esta promesa de progreso de la Ilustración en las últimas décadas del siglo xx, ha llegado una avalancha de nuevas transformaciones: aceleración, monetización, externalización, producción flexible. El propio neoliberalismo no procura ningún consuelo para la desorientación social que provoca, para la pérdida de dignidad y de amor propio (típicamente masculino): sólo el agotamiento de afanarse constantemente por alcanzar objetivos consumistas y la ansiedad de no verlos nunca satisfechos. En este vacío, la autoafirmación agresiva, cultural, religiosa o étnica, se convierte en una forma de consuelo, cuyas afirmaciones de la virilidad brindan un bálsamo para la desesperación social. En Occidente, donde la desindustrialización y la mercantilización

¹⁰ Armas ligeras antiaéreas. [N. de la T.]

han minado las relativas seguridades del empleo de larga duración y de las dotaciones asistenciales estables, este tipo de tensiones han salido a la luz principalmente en forma de xenofobia antiinmigrante, a menudo atizada de manera solapada por las políticas del centroizquierda. En los antiguos países comunistas, variantes sucedáneas de nacionalismo étnico y religioso han florecido entre los restos del naufragio de la utopía. En el Tercer Mundo, nuevas tendencias virulentas de viejas religiones han ocupado el lugar de los antiguos sueños de progreso nacional.

La promesa de la India de después de la independencia –el «socialismo, secularismo, no alineamiento y democracia» de sello nehruviano– había ofrecido una de las versiones más duraderas de estas ensoñaciones. El «socialismo» se iba a entender aquí como un compromiso nacional con la industrialización y con el bienestar social (ciertamente no como la expropiación de la burguesía); el secularismo como garantía de un Estado religiosamente imparcial y no confesional; el no alineamiento como señal de una política exterior orgullosamente independiente, hecha posible por la existencia de la Unión Soviética; la democracia como el funcionamiento de un sistema parlamentario del Tercer Mundo que abarcaba al electorado más grande del mundo. Fue el palidecimiento o deslustramiento de estos ideales, según el Partido del Congreso y sus rivales se iban hundiendo cada vez más en un sumidero de cinismo y corrupción, lo que hizo finalmente que el fanatismo y el chovinismo fornidos parecieran una alternativa más atractiva.

Activos azafrán

Con todo, la rapidez del ascenso del BJP fue sorprendente. Hace apenas quince años, todavía se consideraba al partido, con sólo dos escaños en el *Lok Sabha*, como un indeseable de la política india. Su organización madre, el extraparlamentario *Rashtriya Swayamsevak Sangh*, o Cuerpo Nacional de Voluntarios, era objeto de sospechas aún mayores, así como lo eran las otras dos organizaciones «no políticas» –el *Vishwa Hindu Parishad* [Consejo Mundial Hindú] y las *Bajrang Dal* [Tropas del Ilustre Hanuman]– agrupadas en la *parivar*, o familia, del *Sangh*. Las conexiones del BJP con el RSS le proporcionan una infraestructura incomparable de cuadros ideológicamente motivados y sumamente disciplinados disponibles para hacer campañas electorales y extraelectorales. Hoy en día, el RSS supera con creces a la izquierda en número (se calcula que sobrepasa los dos millones), en fuerza organizada en la sociedad civil (40.000 *shakhas* o secciones) y en moral. Controla miles de escuelas y posee una plétora de organizaciones tapadera para todos los sectores de la sociedad, desde amas de casa a pensionistas y a personal militar retirado. Su sistema nervioso está constituido por una hermandad azafrán de *pracharaks*, varios miles de organizadores a tiempo completo, espartanos, supuestamente célibes e incorruptiblemente devotos a la *Hindu Rashtra* –Nación Hindú– pura de sus sueños. Las *shakhas* locales, exclusivamente para hombres,

están animadas por una poderosa ética de lealtad y obediencia que concede mucha importancia a la educación física y al culturismo a través de la calistenia y del entrenamiento militar. La implantación en los barrios es fuerte: como guardianas de la sabiduría, las *shakbas* no dejarán asistir a un chico más que con el consentimiento y el conocimiento diario de su familia. La campaña contra la mezquita de Ayodhya, la más grande en escala y profundidad desde los tiempos del Movimiento Nacional en la India, hubiera sido imposible sin la infraestructura y la dirección central unificada del RSS. He aquí uno de los primeros grandes activos del *Sangh*: en un contexto de intensificación de la crisis y de la incertidumbre, fue la única fuerza preparada para desarrollar una política de movilización de masas sostenida.

Al mismo tiempo, el BJP ha disfrutado de una buena posición para aprovecharse del declive del Partido del Congreso en el norte y en el oeste del país, ofreciendo a los nuevos estamentos superiores de las castas atrasadas, ávidos de aceptación cultural así como de poder político, la oportunidad de verse reconocidos dentro de una identidad hindú militante. Se ha mostrado también hábil a la hora de explotar el mosaico de alianzas diferenciadas de regiones y castas, accediendo a reivindicaciones locales a cambio de disfrutar de carta blanca en el centro y extendiendo, por consiguiente, su influencia mucho más allá de su propia base principal, constituida por miembros de las castas superiores (véanse los Cuadros 1 y 2). Esta flexibilidad ha llegado a incluir alianzas con el Partido *Dalit Babujan Samaj* (Partido de las Masas Oprimidas), incluso cuando los intereses objetivos de sus miembros son totalmente contrarios a la *Hindutva*. En este caso como en otros, el BJP ha sabido cómo beneficiarse de las ambiciones sociales de los grupos dirigentes sectoriales, si no de su total venalidad.

CUADRO 1. *Apoyo a los partidos por categoría social (porcentajes)*

	Congreso (I)	BJP	Aliados del BJP	Izquierda	BSP	Partidos Regionales
Casta superior hindú	21	46	14	7	1	2
Casta campesina dominante hindú	31	30	22	4	1	10
Otras castas atrasadas superiores hindúes	35	21	23	2	2	12
Otras castas atrasadas inferiores hindúes	35	19	23	10	1	6
Adivasi (Tribales)	49	19	12	7	0	3
Dalit (Oprimidos)	40	12	10	11	13	5
Musulmanes superiores	59	6	9	9	1	14
Musulmanes inferiores	58	2	9	12	3	11
Sijs	17	9	44	0	1	4
Cristianos	64	10	14	9	0	0

Basado en el resultado electoral y en las conclusiones de un estudio postelectoral en el ámbito nacional realizado por el Centro de Estudios para el Desarrollo [*Centre for Developing Studies* (CDS)].

Fuente: *Communalism Combat*, Mumbai, septiembre del 2000.

CUADRO 2. *Sustrato de clase del apoyo a los partidos*

	Congreso (I)	BJP	Aliados del BJP	Izquierda	BSP	Partidos Regionales	Total
Estratos superiores	34	69	49	28	13	39	45
Estratos inferiores	66	31	51	72	87	61	55

Fuente: Centro de Estudios para el Desarrollo, Communalism Combat, Mumbai, septiembre de 2000.

Fundamentalmente, sin embargo, los ideólogos del *Sangh* se han mostrado extremadamente diestros a la hora de fabricar un sentido colectivo de agravio hindú, muy por encima de las diferenciaciones internas en función de la casta. Éste ha sido un paso esencial. La casta en la India constituye un significativo más poderoso que la propia religión: sin la amenaza de un enemigo externo, plantearía obstáculos insalvables para la unidad hindú. El islam es el candidato evidente a este Otro enemigo, pero resulta difícil pintar a los indios musulmanes —que apenas representan el 12 por 100 de la población y que pertenecen en su abrumadora mayoría a la clase trabajadora— como los principales opresores o explotadores de la vasta masa hindú. En lugar de ello, el *Sangh* se ha demostrado ducho a la hora de contraer la historia para hacer responsables a los musulmanes actuales del dominio mogol de siglos pasados. Al igual que los racistas blancos en Occidente, ha resultado ser experto en explotar un sentido de indignación mayoritaria hacia un supuesto favoritismo gubernamental para con las minorías. La campaña contra la mezquita de Ayodhya constituyó la ocasión perfecta para presentar una injusticia musulmana ancestral, aunque ficticia, como un profundo insulto al sentimiento hindú y para desvelar la concesión de prioridad por parte del gobierno del Partido del Congreso a los procedimientos legales por encima de las exigencias de la fe como una «contemporización» con los musulmanes y una denegación a los hindúes de la libertad de culto en su mismísimo país. Tal era el significado desenmascarado del nacionalismo secular indio y de su presunta democracia antimayoritaria (puesto que antihindú).

El déficit secular

El Partido del Congreso se ha visto fatalmente debilitado a la hora de dar respuesta a esta demagogia debido a las insuficiencias de su propia versión del secularismo, que constituye un problema muy de fondo de la tradición gandhiana en su conjunto. Dentro de esta tradición, lo secular no se define como un ámbito separado de la religión, no digamos ya como una crítica de ésta basada en fuertes principios. En lugar de ello, el secularismo se presenta como si equivaliese a «tolerancia religiosa», ésta misma descrita como el persistente espíritu de la civilización ancestral —es decir, hindú— de la India. Se trata de una alucinación: históricamente falsa y estratégicamente desastrosa. Es un error afirmar que la multiplicidad de dioses y diosas del hinduismo lo hace esencialmente más tolerante que el monoteísmo. El pluralismo doctrinal no constituye ninguna garantía de

la práctica social. Dentro del hinduismo moderno, el ritual religioso politeísta proporciona la base del sistema de castas, esto es, una elaborada jerarquía social que, según cualquier baremo de comparación, resulta viciosamente intolerante. Los apologistas de las religiones semitas, por muy excluyentes que sean, por lo menos hacen creer que todos los creyentes son iguales ante Dios.

En todo caso, la tolerancia como concepto político, al igual que el pluralismo, constituye una creación de la modernidad, el producto de una era que pudo concebir los derechos individuales. No cabe limitarse a proyectarla retrospectivamente sobre las antiguas sociedades agrarias, de configuración segmentaria y descentralizada, en las que la vida social estaba gobernada por el parentesco y por el ritual, y la coexistencia religiosa segregada era de un tipo esencialmente pasivo. La vida vegetal, tal y como ha señalado Sudipta Kaviraj, es plural: pero no por ello es tolerante; ni tampoco pueden describirse las civilizaciones premodernas del subcontinente indio como tales¹¹. La «tolerancia» gandhiana no logra reconocer –de hecho, pretende negar– el impacto de la modernidad sobre la religión, así como las transformaciones operadas por las dislocaciones y la aceleración del capitalismo industrial y de la sociedad de masas, en la India como en todas partes. Ni tampoco es capaz de admitir las formas en las que esta experiencia ha abierto nuevas perspectivas de progreso posible y efectivo, reforzando las explicaciones sociales y científicas a expensas de las cósmicas. Las consecuencias son más que evidentes. En la práctica, el secularismo del Partido del Congreso no ha supuesto la abstención del Estado de los asuntos religiosos, sino una permanente implicación «imparcial», por la que éste ha contrapesado activamente los favores hacia una comunidad con compromisos con la otra: una estrategia de completa contemporización que en realidad fomenta la competencia entre diferentes grupos religiosos. Una postura de este tipo, una vez puesta políticamente a la defensiva, es más susceptible de capitular ante un asalto comunalista que de combatirlo.

Uno de los vergonzosos resultados de todo ello ha sido la inexistencia hasta de la opción de un código civil uniforme en la India: una concesión a un fundamentalismo musulmán decidido a defender la *shari'a*. En 1986, el Partido del Congreso de Rajiv anuló la decisión del Tribunal Supremo que concedía a una divorciada musulmana entrada en años, Shah Bano, el derecho a la manutención bajo la ley india, accediendo a las demandas patriarcales de una mujer musulmana. Esta lamentable maniobra provocó movilizaciones por parte de militantes hindúes y contramovilizaciones por parte de grupos islámicos, convirtiendo lo que era esencialmente una cuestión de derechos de la mujer en un campo de batalla comunalista. Fue a fin de contrapesar esta concesión a las fuerzas reaccionarias de la comunidad musulmana por lo que, algo más tarde ese

¹¹ Sudipta KAVIRAJ, «Political Culture in Independent India», *Teaching Politics* 7, 1-2 (1989).

mismo año, el gobierno del Partido del Congreso abrió las cancelas del disputado enclave de Ayodhya, permitiendo que los seguidores del *Sangh* ganaran terreno. Esta tendencia se acentuó con Narasimha Rao, cuyos oportunismo y cobardía «azafrán claro» hicieron mucho por despejar el camino para la destrucción de la mezquita de Babar, pero nada en absoluto por detener el declive del Partido del Congreso.

¿Un fascismo indio?

Voces influyentes de la izquierda india han señalado la estructura autoritaria del RSS, su doctrina excluyente, su utilización del espectáculo de masas y la combinación en las *shakhas* del adoctrinamiento ideológico con el culto a la masculinidad para describir al *Sangh* como una formación fascista. Este tipo de enfoques se inspiran principalmente en definiciones liberales del fascismo, repasando la lista de características ideológicas y organizativas reconocidas del movimiento fascista para ver si «coinciden». Los análisis marxistas clásicos –sobre todo los de Trotsky– se han centrado en cambio en la dinámica global de la sociedad capitalista, considerando el fascismo como una solución de último extremo hacia la que las clases dominantes pueden verse empujadas en una situación de intensa crisis social y económica, sobre todo, si se enfrentan a la amenaza de un movimiento obrero revolucionario, tal y como sucedió en Italia o en Alemania en el período de entreguerras. El intento de describir la reestructuración neoliberal como una crisis de este tipo y al *Sangh* como un fascismo «acorde con nuestros tiempos» ignora el hecho evidente de que difícilmente cabe afirmar que el capital indio se enfrente a un desafío revolucionario desde abajo. Más bien, afronta, con el declive del Partido del Congreso, un problema de estabilidad política. Si el BJP es capaz de proveer la base de un nuevo centro político en la India, puede resultar un instrumento útil; pero no es necesario como solución de último extremo. La reestructuración neoliberal de hoy en día puede alojarse en diversos regímenes políticos: de centro izquierda o de centro derecha en Occidente, más o menos populistas o autoritarios en el resto del mundo. Aunque el término «fascista» perdurará sin lugar a dudas como insulto, la verdadera naturaleza del *Sangh* se comprende mejor fuera de este paradigma¹². La caracterización del BJP como una amenaza fascista no sólo subestima groseramente el verdadero significado del fascismo histórico, sino que fomenta –en nombre del antifascismo– alianzas estratégicas de la izquierda con fuerzas burguesas no menos comprometidas con el neoliberalismo. Subestima además, paradójicamente, la naturaleza de los rit-

¹² Para una crítica detallada de este enfoque equivocado, véase Achin VANAIK, *Furies of Indian Communalism: Religion, Modernity and Secularization*, Londres, 1997, cap. 5, y Achin VANAIK, «Reply to Pizzo», en «Symposium on “Functional Substitutes for Fascism” in the Era of Globalization», número en preparación de *Comparative Studies of South Asia, Africa and the Middle East*.

mos y actividades específicos del *Sangh*: el fenómeno de la *Hindutva* [«política de la *hinduidad*»] está más profundamente arraigado y resulta más difícil de destruir. El fascismo en el poder disponía de una mediación clave: el Estado. La *Hindutva* goza de dos: el Estado y el RSS como «esqueleto» (y alma) en torno al cual se ha de construir la anatomía de la «nueva India». La derrota o retirada definitiva del fascismo del poder estatal señaló su disolución. No será así para el *Sangh*.

Desde el punto de vista del capital, nacional o extranjero, el compromiso del BJP con la «nueva política económica» resulta loable, pero no lo distingue de otros partidos burgueses en Delhi. La cuestión crítica, más bien, es: ¿puede el BJP establecerse como el mejor vehículo para el neoliberalismo indio hoy en día? Para hacerlo, debe demostrar la capacidad *política* precisa: mantenerse como la opción preferida de la «clase media» india y asegurar estabilidad de mando. La estabilidad, no la democracia, es el requisito central. Si ésta resulta compatible con una firme tendencia comunal-autoritaria en la sociedad civil o puede sobrevivir a la institucionalización de una versión más suave (o más dura) del Estado hindú, que así sea. Pero si un desarrollo demasiado agresivo de la *Hindutva* socava la estabilidad, se considerará que al BJP le falta la responsabilidad esperada de un partido «normal» del poder capitalista en el gobierno central. La dificultad para el partido está en que es en este punto donde reside la *differentia specifica* del *Sangh*. Otros partidos burgueses pueden ser comunales pragmáticamente, pero no lo son programáticamente. Sólo el *Sangh* persigue sistemáticamente el proyecto transformador a largo plazo de la *Hindu Rashtra*. El BJP en el poder no constituye un mero equivalente de un partido conservador de derechas al estilo de los demócratas cristianos europeos, sólo que más hindú de lo que la Democracia Cristiana es cristiana. Su expediente en el gobierno no deja lugar a dudas.

El expediente en el poder

Económicamente, el gobierno de Vajpayee ha intensificado la tendencia neoliberal de la «nueva política económica». El presupuesto de este año distribuyó desgravaciones fiscales de alrededor de 5.500 *crores* de rupias y consignó a nada menos que 27 empresas del sector público para su privatización, incluida *Air India*, que constituyó una dramática aceleración de la desinversión, contra la tenaz resistencia de los trabajadores. Para aumentar la flexibilidad del mercado laboral, las compañías con 1.000 empleados o menos ya no necesitan una aprobación gubernamental antes de despedir a sus trabajadores. Del lado del gasto, el desembolso militar saltó otro 13,8 por 100, después de la subida del año pasado del 28 por 100, la mayor nunca registrada. Políticamente, se han dado los primeros pasos cautelosos hacia una *Hindu Rashtra*, que consiste esencialmente, legitimar la discusión sobre la introducción de importantes cambios en la Constitución india. Dado que las enmiendas constitucionales requieren una mayoría de dos tercios en el *Lok Sabha*, se trata de un esfuerzo a

largo plazo. El organismo estudiantil del partido, el *Akbil Bharatiya Vidhyarti Parishad*, ha lanzado planes para una nueva estructura en la que el *Lok Sabha* y el Tribunal Supremo estarían subordinados a un *Guru Sabha*, o Consejo de Sabios, constituido por medio de nombramientos y con una ponderación especial hacia los líderes religiosos, y en la que el Ejército indio adquiriría autonomía institucional; pero todo esto son ilusiones. Las propias propuestas de Vajpayee a la recién creada Comisión de Revisión Constitucional han sido más modestas: un «sistema presidencial de gobierno» con un mandato de duración fija, de modo que los gobiernos minoritarios no puedan ser derrocados por mociones de censura; y un nuevo sistema electoral «indirecto» que rompería los lazos entre el máximo organismo legislativo y el sufragio universal. Nada de esto ha tenido todavía una traducción política efectiva, pero los parámetros de lo imaginable han sido modificados.

Por otra parte, hay objetivos más tangibles más al alcance de la mano. Con un espíritu que recuerda al primer mandato de Thatcher, el BJP se ha concentrado en hacer que «su propia gente» caiga como en paracaídas en puestos estratégicos de los Ministerios de Interior, Educación e Información. En el ámbito de las ciencias sociales, por ejemplo, se ha colocado a ideólogos de la *Hindutva* en el Consejo Indio de Investigación en Ciencias Sociales, en el Consejo Indio de Investigación Histórica, en el Consejo Indio de Investigación Filosófica y en el Instituto Indio de Estudios Superiores. Se ha enterrado con total efectividad cualquier idea de dotar de mayor autonomía a los canales de radio y televisión de propiedad pública. La educación ha pasado a ser objeto especial de atención, ya que los miembros del *Sangh* han tomado el control del Consejo Nacional de Educación, Investigación y Formación, que antes producía textos excepcionales para los colegios indios, pero que ahora ha publicado un *Marco Nacional para los Planes de Estudios* sumamente ideológico. En los Estados bajo control del BJP –Uttar Pradesh, Gujarat y, más tempranamente, Rajasthan–, se han introducido elementos de ciencia y matemática védica y los programas de estudios de historia y de ciencia social se han reformado conforme a la *Hindutva*. Se ha dado instrucciones a las escuelas para que se suscriban a las publicaciones del RSS y el sánscrito se fomente de manera sistemática. El gobierno central ha declarado recientemente que los «estudios de defensa», que exaltan el patriotismo militante, se introducirán en los colegios para hijos de personal de las fuerzas armadas y que es posible que se extiendan a otros colegios. En Uttar Pradesh, más de 2.000 colegios *shishu mandir* controlados por el RSS se han incorporado a la red estatal. El gobierno ha declarado también, de modo revelador, que va a empezar a crear cursos de diplomatura y de licenciatura sobre astrología; se dice que, hasta la fecha, cerca de setenta universidades han dado su visto bueno.

Es en este nivel al que la *Hindutva* está progresando. En la sociedad civil, ha habido una campaña sistemática de intimidación *sangh* contra los cristianos del campo y de las pequeñas localidades, especialmente en Guja-

rat, con 113 ataques registrados en toda la India desde 1997, más que en el conjunto de las tres décadas anteriores¹³. Si bien la violencia comunal urbana a gran escala aleja a las clases medias y mina la confianza empresarial, no puede decirse lo mismo de los ataques a los pobres en el campo y en las áreas rurales. El desplazamiento temporal del centro de atención de los musulmanes a los cristianos es deliberado y se esconde algo más detrás de él que la competencia entre el *Sangh* y las iglesias cristianas por conseguir conversiones en las áreas tribales. Aunque los cristianos no suponen más del 2,5 por 100 de la población, un 25-30 por 100 de todas las obras benéficas de las ONG están controladas por ellos. Con una actuación en los campos de la salud, la educación y el trabajo social, constituyen en la práctica instituciones fuertemente secularizadoras, cuyos servicios están abiertos a todo el mundo. Dado que algunos de los mejores colegios, hospitales y centros de educación superior del país son instituciones cristianas, éstas ejercen una influencia desproporcionada sobre la elite en general. Las instituciones musulmanas equivalentes son muchas menos y están circunscritas en su inmensa mayoría a su propia comunidad religiosa.

¿El nuevo aliado de Washington?

El hundimiento del bloque soviético no sólo puso en marcha el proyecto neoliberal, sino que también anunció la superfluidad de un no alineamiento indio que había contrapesado un escoramiento estratégico hacia la URSS con una inclinación económica hacia Occidente. La «amistad» indo-rusa continúa siendo objeto de insustanciales loas por ambas partes, pero el valor del lazo se circunscribe ahora esencialmente al suministro de armas ruso. Desde 1992 en adelante, Nueva Delhi y Washington hablaron repetidamente de la conveniencia de una nueva «alianza estratégica». Pero la inmensa asimetría de poder entre los dos países hace difícil llegar a condiciones aceptables para ambas partes. La India ha pretendido que, como mínimo, Estados Unidos se retraiga de su tradicional adhesión a Pakistán. Ha intentado vender las virtudes de una reorientación estratégica de este tipo insistiendo en el valor económico de su gran mercado nacional, en el valor político de una alianza entre las «dos democracias más importantes» y en el valor estratégico de un contrapeso potencial frente a China.

¹³ Véase el *Unofficial White Paper [Libro Blanco Extraoficial]*, Indian Social Institute, Nueva Delhi, 1999, documento elaborado por el activista cristiano John Dayal a partir de archivos policiales y de otras fuentes públicamente verificadas, así titulado porque el gobierno del BJP se negó a publicar una lista detallada de este tipo de incidentes. El amedrentamiento y la intimidación a través de las palizas, la quema de Biblias y la destrucción de iglesias y de propiedades constituyen los principales objetivos. Salvo en raras excepciones –como la de la misionera australiana, Graham Staines, y sus dos jóvenes hijos que fueron asesinados a manos del líder de las *Bajrang Dal*, Dara Singh, en Orissa, donde Staines había fundado una leprosería–, se evita matar.

Estados Unidos ha tomado nota, pero, pese a todas las declaraciones –frágiles en la India, apenas audibles en Estados Unidos– de que la visita de Clinton de la primavera del 2000 inauguraba una nueva era de lazos comunes, no está todavía dispuesto a llevar a cabo ningún cambio de política importante. Washington tiene demasiadas posibilidades y la actual posición de la India en el orden internacional no justifica un giro significativo. Estados Unidos se beneficia de estar en el vértice de un triángulo, con Pakistán y la India compitiendo por ganarse sus favores. No obstante, Pakistán sigue siendo un aliado de confianza que ha servido durante mucho tiempo a los intereses estadounidenses y puede continuar haciéndolo, tanto en Asia central como en Oriente Próximo, donde el fuerte nexo Islamabad-Riyadh refuerza el pie saudí del trípode informal organizado por Estados Unidos –cuyos otros pies son Israel y Egipto– que asegura la supremacía estadounidense en la zona. Con toda seguridad, Washington está preocupado por la creciente talibanización de Pakistán. Pero el hecho es que, en el caso de que vaya a haber una ruptura estratégica con Pakistán en favor de la India, será como consecuencia de una reevaluación independiente por parte de Estados Unidos de sus prioridades y perspectivas estratégicas y del lugar que ocupa Pakistán dentro de ellas, y no debido al «imperativo de adaptarse» a un poder indio supuestamente en aumento. Al otro lado del subcontinente, el Este asiático sigue teniendo mucha mayor importancia para Washington que el sur de Asia. La Administración Bush puede abrigar crecientes reservas hacia China como futuro rival, pero la realidad (un pájaro en mano) de una compleja relación chino-estadounidense que hay que manejar cuidadosamente no se pondrá en peligro por la posibilidad (pájaros volando) de que en algún momento Estados Unidos llegue a saludar un fuerte contrapeso indio frente a China. A pesar de todas sus actuales poses, no es muy probable que la India se convierta en el «gran poder asiático» que la lógica realista predice que pronto debería llegar a ser.

Nuclearización

La explosión efectuada como prueba nuclear en mayo de 1998, dirigida a dotar al país de *status* global, no ha reforzado ni su poder de negociación ni su seguridad. Lo que sí que ha hecho, sin embargo, es afianzar el intento del BJP de representar un nacionalismo de elite más beligerante y ambicioso. El *Sangh* fue la única fuerza que exigió que la India adquiriese armas nucleares desde la década de 1950 –cuando la amenaza nuclear china no existía, no digamos ya la pakistani– en adelante. Exactamente hasta el 11 de mayo de 1998, todos los demás partidos indios –incluida la izquierda y el «*establishment* securitario» en sentido amplio– apoyaron la posición de ambigüedad de después de 1974, sin excluir ni hacer uso de la opción nuclear. Ocultando hasta el último momento sus intenciones a sus socios de coalición, el BJP dio un repentino golpe de timón político, llevando a la India al otro lado del umbral nuclear. Una vez más, demostró su habilidad para redefinir el terreno de la política burguesa. Presentados ante hechos consumados, el Partido del Congreso y

todos los demás partidos moderados se vieron obligados a adaptarse. La aceptación de la nuclearización es ahora algo consensuado entre todas las fuerzas políticas, a excepción de la izquierda. El BJP no ha sacado de ello mucho partido electoral inmediato, ya que la bomba no afecta a los intereses cotidianos de las masas, pero su dominio del asunto constituye un formidable ejemplo de su habilidad para mantener la iniciativa ideológica entre las elites¹⁴.

Internacionalmente, el resultado de la nuclearización de la India es harina de otro costal. Oficialmente, su principal justificación fue la amenaza proveniente de China. Al obligar a China a introducir el factor India en sus cálculos estratégicos, Nueva Delhi ha avanzado un buen trecho en la transformación de una rivalidad potencial en una hostilidad real, sin ningún beneficio para su seguridad. De modo aún más peligroso, el golpe nuclear del BJP ha desencadenado su emulación por parte de Pakistán, dejando al subcontinente como la única parte del mundo en la que persiste una guerra fría-caliente permanente de 54 años de duración (sin ningún indicio de que vaya a mitigarse) entre dos potencias adyacentes, cada una de ellas equipada ahora con armas de destrucción de masas. De aquí se sigue, por pura lógica, que el sur de Asia se ha convertido en el punto en el que más probabilidades hay de que estalle hoy en día una guerra nuclear de toda la tierra. El ascenso del extremismo religioso de derechas en ambos países ha conducido a un nuevo grado de demonización mutua. Una minoría en la elite de cada una de estas sociedades –más poderosa en la India, por evidentes motivos de número– ha dejado de creer realmente en la coexistencia a largo plazo, pero da por sentado que la seguridad de un país exige a la larga la desintegración del otro. Las catastróficas consecuencias de esta dinámica para los pueblos del subcontinente no deberían dejar lugar a dudas más que a los ciegos.

El camino hacia la Hindu Rashtra

A corto plazo, el primer golpe serio al régimen del BJP ha resultado, a su manera, simbólicamente adecuado: un escándalo de corrupción ligado al complejo militar. *Tebelka*, un sitio *web* de investigación –su nombre significa «sensación»–, se propuso poner a prueba la probidad del Ministerio de Defensa. Empezando por el último escalafón de la jerarquía, dos de sus periodistas, equipados con cámaras de espionaje, ofrecieron vender «binoculares térmicos» ficticios a cambio de sobornos. Pronto lograron llegar a las altas esferas. *Tebelka* reveló la historia en marzo. Los usuarios de internet de todo el mundo pudieron pulsar el ratón para ver la mano del presidente del BJP, Bangaru Laxman, cerrándose sobre un fajo de billetes de 100.000 rupias, mientras pedía que los futuros pagos se hicie-

¹⁴ Véase Praful BIDWAI y Achin VANAIK, *New Nukes: India, Pakistán and Global Nuclear Disarmament*, Nueva York, 1999; también Oxford, 2000.

ran en dólares. «La empresa obtendrá la debida audiencia», aseguraba a ambos periodistas Jaya Jaitley, amante de George Fernandes, ministro de Defensa, y también presidente de su Partido *Samata*, en un fotograma tomado en su residencia oficial, del mismo modo que otro alto funcionario del partido quedó grabado en una cinta magnetofónica embolsándose el doble de la suma de Laxman. Laxman —un viejo miembro del RSS— y Fernandes, así como Jaitley, fueron obligados a dimitir y el Congreso Trinamul de Bengala occidental abandonó la coalición.

La oposición no cuenta con suficientes escaños para convocar una moción de censura en el *Lok Sabha*. Pero el BJP ha salido seriamente perjudicado, ya que su pretensión de ser «el partido que marca la diferencia» —más puro puesto que más religioso— se hizo irrisoria. Al principio, el RSS intentó jugar a dos cartas, exigiendo una enérgica limpieza al mismo tiempo que reiteraba su fe en Vajpayee, para después pedir una reafirmación purificadora de la *Hindutva* como antídoto —y desvío— de *Tehelka*. En el seno del *Sangh*, el equilibrio de fuerzas se ha modificado indudablemente en detrimento del BJP y en favor del RSS. Dentro de la coalición, sin embargo, el cambio se ha producido en sentido inverso, con presiones para que el BJP modere su postura a fin de evitar nuevos descontentos. La principal preocupación del capital nacional y extranjero, tal y como lo expresa *The Economist*, es que nada aparte al gobierno de su tarea de hacer que se acepten los elementos «más valiosos» de su agenda económica: las privatizaciones y la reforma laboral¹⁵. Es muy poco probable que esto llegue a ocurrir. Existen innegables tensiones entre el virulento nacionalismo cultural del RSS, tradicionalmente asociado al proteccionismo, y la actual persecución por parte del BJP de objetivos neoliberales. Pero son contenibles, ya que las dos alas del *Sangh* hacen funcionar una división táctica del trabajo: el BJP no se inmiscuye demasiado en la *Hindutva*; el RSS se contiene en lo que respecta a la «nueva política económica».

¿Cuáles son las perspectivas políticas para la India en un momento en el que el gobierno de Vajpayee entra en su tercer año? El rasgo dominante del panorama actual es una tendencia comunal y autoritaria acumulativa tanto en la sociedad civil como en el Estado, pese a la incertidumbre sobre la suerte electoral del BJP. Si bien el partido se ha convertido en la mayor fuerza «nacional», desbordando su base en el cinturón vacuno [*cow-bell*] hindi con incursiones en regiones —Goa, Assam, Bengala Occidental, Kerala, Tamil Nadu— en las que nunca antes tuvo presencia, en el estado clave de Uttar Pradesh ha entrado en una recesión que podría tener repercusiones más amplias. En el poder, el BJP puede esperar con-

¹⁵ «India's Corruption Blues», *The Economist* (22 de marzo de 2001). *The Economist* estaba particularmente preocupado por que Brajesh Mishra y N. K. Singh, dos figuras neoliberales clave, hombres de confianza de Vajpayee, sobrevivieran al escándalo. El nativista fanático Shiv Shena estaba pidiendo sus cabezas.

trapesar las pérdidas con los beneficios. Pero para echar los cimientos estructurales de una *Hindu Rashtra*, el *Sangh* debe alcanzar el objetivo estratégico de una mayoría legislativa absoluta o casi absoluta. Un nuevo estado de excepción no es una opción seria. En 1975, el Partido del Congreso tuvo efectivamente una mayoría parlamentaria, pero el gato escalado del agua fría huye: cualquier intento de repetir la experiencia se encontraría con una oposición masiva en todos los frentes, incluido el de los aliados de coalición del BJP. Las posibilidades de concluir con éxito un golpe de este tipo son demasiado pequeñas como para cuadrar frente a la certeza del fatal descrédito político en caso de fracaso.

Lo mejor que puede hacer el *Sangh* es adoptar un enfoque bifásico, apuntando, como primer paso, a convertirse en el único fulcro de sucesivos regímenes de coalición, tal y como lo fue durante décadas la Democracia Cristiana en Italia. Una vez hecho «indispensable» para el normal gobierno burgués, el BJP dispondría de una verdadera rampa de lanzamiento (aunque todavía de ninguna garantía) para el despegue hacia su objetivo final. Para que el BJP tenga alguna posibilidad de alcanzar esta primera fase, el Partido del Congreso debe seguir atrapado en el agujero en el que actualmente se encuentra. La segunda fase exigiría que este último sufriera un nuevo y dramático declive, o incluso que se desintegrara por completo. Las esperanzas del BJP siguen siendo inseparables de los miedos del Partido del Congreso. El *Sangh* debe, simultáneamente, debilitar a éste lo máximo posible; asegurar alianzas con partidos regionales, aceptando allí donde sea necesario un *status* muy subalterno fuera del «cinturón vacuno» como trampolín para futuros saltos adelante; y desarrollar políticas geográficamente diferenciadas: una *Hindutva* moderada y cauta allí donde tenga una débil implantación y dependa de socios de diferente credo ideológico, una *Hindutva* agresiva y enérgica allí donde esté más firmemente atrincherado. Actualmente, para recuperar el terreno perdido en el norte, el BJP está planeando una campaña para construir un templo inmenso en Ayodhya. Provocar la violencia comunal constituye un arma de doble filo que puede acabar perjudicando a los que la sostienen, pero es una opción que el *Sangh* siempre conserva.

Con todo, el BJP afronta en cierto modo un *impasse* electoral. Debido a que, aunque ya no es exclusivamente una formación brahmán-baniiana (castas sacerdotal/mercantil), sigue siendo un partido de las castas y clases superiores. ¿Cómo puede atraer a otros estratos? Su dirección es muy consciente de la necesidad de hacerlo. Antes de su deshonra, Bangaru Laxman —él mismo de origen *dalit*— declaró públicamente que el BJP no está siquiera contra los musulmanes y quiere proteger sus intereses. En la India, cierto tipo de centrismo ha parecido siempre el *locus* natural del poder. Desde la década de 1950 hasta principios de la década de 1980, siempre se decía que el problema que se le planteaba al *Sangh* era el de cómo combinar los contradictorios requerimientos de crear una «Gran Congregación Hindú» y, al mismo tiempo, moverse hacia el centro para

convertirse en un partido de masas más «nacional»¹⁶. Trastocando esta lógica aparente, el BJP creció en la década de 1980 desplazándose agresivamente hacia la derecha y arrastrando consigo el centro de gravedad de la política india. A pesar de todo, la tensión entre dos identidades potenciales –el partido de una *rassemblement* hindú y el partido dominante de masas del país– persiste.

El Congreso de Sonia

Todavía con la esperanza de recuperar su suerte de partido natural de gobierno, el Partido del Congreso se mantiene como principal reserva del capital indio, por si se diera el caso de que el BJP se tambaleara o fallara gravemente. Constituye un actor de primer orden en los Estados de Rajasthan, Madhya Pradesh, Maharashtra, Karnataka y Gujarat y se ha reafirmado en Kerala y Assam. Pero ya no posee una base social o geográfica segura de gran peso o tamaño. Hoy en día, el partido de Gandhi y de Nehru no tiene una verdadera idea de a quién apelar o de cómo hacerlo, y parece incapaz de fraguar cualquier identidad programática clara. Intuye vagamente que debería representar una alternativa al BJP menos confesional y más social, pero si esto supone distanciarse hasta de una *Hindutva* «moderada» y cuestionar seriamente el neoliberalismo, apenas encontrará adeptos en el seno de la actual dirección del Congreso, cuyo principal argumento para reclamar especiales honores de la clase media es haber emprendido la «nueva política económica». Para recuperar su suerte, el Congreso ha cifrado en cambio sus esperanzas en el poder del carisma. Los asesinatos de Indira y Rajiv Gandhi dotaron a su clan de un halo de martirio, no sólo para los miembros o seguidores del partido, sino también para un público más amplio. Sonia Gandhi y su hija Priyanka son las legatarias de este culto dinástico. Políticamente a la deriva, el Congreso se aferra aún más compulsivamente al árbol-tótem familiar, como si se tratase de su último as sustancial. Y cuanto más lo hace, menores son las posibilidades de que recupere algo de vigor democrático. La falta de toda capacidad de liderazgo por parte de Sonia Gandhi, no digamos ya de visión estimulante, no hace sino agravar este estado de inanición.

Sin embargo, la nulidad política no supone automáticamente la pérdida electoral. Los movimientos pendulares de la democracia india mantienen la promesa de, antes o después, volver a conducir al Partido del Congreso, por muy metamorfoseado que se halle, al poder. Los resultados de las elecciones a las asambleas territoriales de mayo de 2001 en cuatro Estados han llegado como un propulsor moral para el Congreso. En Tamil Nadu, su aliado regional, el *All India Anna Dravida Munnetra Kazhagam* (AI-ADMK) ha arrasado, desplazando al aliado del BJP, el DMK; en Kera-

¹⁶ Sobre este tema, véase Bruce GRAHAM, *Hindu Nationalism and Indian Politics: The Origins and Development of the Bharatiya Jana Sangh*, Cambridge, 1990.

la, el Frente Democrático Unido, encabezado por el Partido del Congreso, ha sustituido al Frente Democrático de la Izquierda, dentro de la pauta habitual de alternancia en la zona; mientras que, en Assam, el Partido del Congreso ha derrotado al aliado regional del BJP, el *Asom Gana Parishad*. Bengala occidental ha sido el único Estado en el que la alianza recién forjada entre el Congreso Trinamul (el principal adversario regional del Partido Comunista de la India-Marxista [CPM]) y el Partido del Congreso de Sonia no ha logrado despojar al gobierno del Frente de la Izquierda, encabezado por el CPM, de una histórica sexta legislatura consecutiva en el poder. En más de un sentido, el orden político ideal para el capital indio sería el de una alternancia entre dos partidos burgueses cada vez menos distinguibles entre sí, cada uno comprometido a su propio modo con el libre mercado, aderezado con mistificaciones sobrenaturales: el modelo estadounidense (y, cada vez más, europeo) adaptado a las condiciones religiosas subcontinentales. Pero esto está todavía algo lejos.

Dado que ningún país en el mundo iguala ni de lejos la increíble diversidad climática, topográfica, ecológica, racial, cultural, social, étnica, religiosa y lingüística de la India, el genio indio debería tener como expresión natural un regionalismo y un federalismo fuertes. En la práctica, dos medidas políticas de la década de 1950 y de finales de la de 1960, respectivamente, desempeñan un papel crucial en asegurar ambos: la división lingüística de los Estados y la desincronización de las elecciones al *Lok Sabha* y al Consejo de Estados. A lo largo del tiempo, por consiguiente, el desorden creciente en el gobierno central ha podido verse compensado por el desarrollo de una vibrante política regional, con la aparición de nuevos partidos, el establecimiento en la mayoría de los Estados de sistemas competitivos bipartitos o tripartitos y un clamor cada vez mayor de reivindicaciones hacia el gobierno central: formas todas ellas con las que se ha hecho que el macrosistema sea más responsable ante la población. Una prueba evidente del creciente vigor del regionalismo es la formación, en los últimos dos años, de tres nuevos Estados labrados a partir de partes de Uttar Pradesh, Bihar y Madhya Pradesh.

Este tipo de federalismo en aumento no resulta incompatible con el neoliberalismo, entre cuyos principales defensores a menudo se han encontrado, en efecto, elites industriales regionales. Pero está esencialmente reñido con la dinámica centralizadora y autoritaria de la *Hindutva*. A falta de una nueva Constitución, ni siquiera el restablecimiento de un gobierno de partido único en el ejecutivo central puede anular la federalización en curso de la política india. No obstante, son claramente los gobiernos de coalición en Nueva Delhi los que brindan las mayores oportunidades y ventajas a los partidos regionales. En las elecciones de 1999, casi la mitad del total de escaños del *Lok Sabha* fueron para partidos regionales no vinculados ni al Congreso ni al BJP. Se trata de formaciones provinciales que no pueden igualar la coherencia ideológica u organizativa del *Sangh*. Pueden erigirse como obstáculos al crecimiento de la *Hindutva*,

pero les falta la habilidad para ofrecer cualquier alternativa nacional. Los aliados regionales del BJP pueden amonestarlo para que no fomente excesivamente el asunto Ayodhya y reprenderle por los «excesos» contra los cristianos, pero no precipitarán una disolución del gobierno de Vajpayee si pueden evitarlo. El resultado global es que el BJP dispone de cierto espacio para cavar su surco ideológico, con el debido cuidado, mientras espera que llegue su hora.

¿Puede el juego de fuerzas políticas vivas invertir el doble avance del neoliberalismo y de la *Hindutva* en la India? Responder a esta pregunta exigiría una consideración del estado de la izquierda y de la resistencia social, algo para lo cual no hay aquí espacio. Las valoraciones subjetivas a este respecto serán sin duda diversas, pero las complejidades estructurales objetivas de la sociedad y de la organización política indias tienen su modo de desconcertar las expectativas tanto de progresistas como de reaccionarios.